LAS CRÓNICAS DE ABSURDISTÁN · VOLUMEN 13

¡JESS Y LA GRAN CATÁSTROFE DE LAS PALOMITAS!

EVACUACIÓN EN EL CINE



Basado en un hecho real completamente ficticio.

LAS CRÓNICAS DE ABSURDISTÁN · VOLUMEN 13

¡Jess y la gran catástrofe de las palomitas!

EVACUACIÓN EN EL CINE

Para todos esos lugares que supuestamente están aquí al lado.

Una historia de Goldhain y de las posibilidades cercanas.

Basada en un hecho real completamente ficticio.

Prólogo - La última ración



La noche comenzó tranquilamente en el Cine Goldhain.

Jess había atenuado las luces del vestíbulo, alineado los carteles y comprobado el telón rojo de la sala principal. El programa incluía una vieja película de aventuras con un volcán, un valle perdido y un héroe que abría una puerta misteriosa a pesar de doce advertencias imposibles de ignorar.

Se habían vendido ciento cuarenta y ocho entradas.

Jess había preparado ciento sesenta raciones de palomitas.

Quedaba así una reserva de doce raciones. En un cine normal, doce raciones eran un margen de seguridad. En el Cine Goldhain, se consideraban una prueba de carácter.

Poco antes de empezar la película llegó Roxy y compró dos cubos grandes, porque uno era para la primera mitad y el otro «para emergencias». Mina pidió una ración pequeña y explicó que comía despacio. Blitzy compró una mediana, derramó la

mitad y compró otra de inmediato.

Jess llenó un cubo tras otro.

Las puertas de la sala se cerraron. Empezó la música. En la pantalla, una expedición se internó en la niebla.

Ante el vestíbulo apareció un autobús retrasado con diecisiete miembros de la Asociación de Barandillas Históricas de Goldhain.

Todos tenían entrada.

Todos querían palomitas.

Jess miró dentro de la máquina.

En el fondo había un único grano de maíz sin reventar.

Lo levantó entre dos dedos.

La velada había encontrado su volcán.

I. La película continúa

En la sala principal, el héroe cabalgaba por una jungla. En el vestíbulo, Jess se encontraba ante diecisiete personas expectantes y una máquina de palomitas vacía.

«Un pequeño retraso», dijo.

El presidente de la asociación de barandillas asintió comprensivo. «Estamos acostumbrados a esperar. Muchas escaleras históricas están cerradas».

Jess revisó el compartimento de provisiones. Vacío. El armario de debajo. Vacío. La caja de reserva del despacho.

Contenía servilletas, dos paquetes de sal y una sola chocolatina que desde el invierno anterior servía como ración de emergencia.

Jess repasó mentalmente la entrega. Aquella tarde habían llegado tres sacos de maíz. Dos estaban en la máquina. El tercero debía estar en el almacén.

No estaba.

En su lugar encontró una caja con trescientas pajitas de papel que nadie había pedido.

Los miembros de la asociación esperaban ordenadamente ante el mostrador. Nadie se quejaba. Eso empeoraba la situación. A la gente indignada se la podía tranquilizar. La gente paciente generaba responsabilidad.

Jess ofreció nachos.

El presidente sonrió con tristeza. «Hemos venido por el ambiente».

Las palomitas ya no eran comida.

Eran infraestructura.

II. El primer aviso

Jess llamó al servicio de reparto. Una voz automática explicó que todas las líneas estaban ocupadas. Después interpretó con flauta una famosa melodía de cine.

Jess esperó.

En la sala, la expedición llegaba a un puente colgante. Un trueno apagado atravesó las puertas.

La voz automática regresó y le dio las gracias por su paciencia.

Jess no había ofrecido ninguna.

Colgó y llamó a Ruby a la panadería.

«¿Tienes maíz?»

«En lata».

«¿Seco?»

«Solo para decorar. Y está barnizado».

«Entonces no».

Desde su casa, Nika comprobó el estado del envío. El tercer saco sí figuraba como entregado. El sistema digital mostraba una firma formada por una línea recta y un círculo.

«Podría ser cualquiera», dijo Jess.

«O un cero con mucha determinación», dijo Nika.

Jess colocó un cartel pequeño sobre el mostrador: Palomitas temporalmente no disponibles.

Lo había hecho pequeño a propósito. Los carteles grandes convertían los problemas pequeños en problemas grandes. Por desgracia, no había contado con la necesidad humana de inclinarse para leer carteles pequeños y después llamar a más personas.

En pocos minutos se formó una segunda cola ante el aviso. La primera esperaba palomitas. La segunda esperaba para leer el aviso. Ambas se bloqueaban y cada una creía que la otra estaba mejor informada.

Jess movió el cartel a un lado. Las dos colas se fusionaron en una sola, más larga y con un propósito sin aclarar.

Un hombre salió de la sala, lo leyó y volvió a entrar.

Dos minutos después salieron tres personas más.

Una preguntó: «¿Qué significa temporalmente?»

«Que más tarde volverá a haber».

«¿Cuánto más tarde?»

En la película, el puente colgante se derrumbó.

Jess dijo: «Eso es lo que estamos averiguando».

III. El corazón vacío de la máquina



Jess examinó la máquina de palomitas con una linterna. La cámara de cristal estaba vacía, el recipiente de metal limpio y la tolva tan hueca que cada golpecito resonaba como una llamada desde un barranco.

En el fondo estaba el último grano.

Jess cogió un cubo vacío y lo guardó. No porque un solo grano pudiera ayudar. Era una prueba.

Revisó la ruta de entrega. Desde la entrada trasera atravesaba el almacén, pasaba junto al despacho y llegaba al mostrador. Había tres granos claros en el umbral.

Un rastro.

Jess lo siguió por el pasillo. Allí encontró otros dos granos y después uno ante la puerta del almacén de atrezo. Detrás había sables, palmeras artificiales, una luna de cartón y doce cajas de una película de piratas.

Ni rastro del saco de maíz.

Bajo la luna de cartón había una etiqueta de entrega rota. Solo se leía el número tres.

Jess le hizo una foto y se la envió a Nika.

«El saco estuvo dentro del edificio», dijo Nika.

«Y ahora ha desaparecido».

Un fuerte aplauso llegó desde la sala. Al parecer, el héroe había sobrevivido al puente.

Jess miró el último grano dentro del cubo.

Las personas de la pantalla no sabían la suerte que tenían.

IV. Se rompe la línea de suministro

La noticia de la escasez se extendió por la sala aunque Jess no había hecho ningún anuncio.

Pasó de la fila siete a la ocho, de allí a la doce y por último hasta el palco. Cada transmisión la cambiaba un poco.

Temporalmente no disponibles se convirtió en máquina averiada.

Después en cocina fuera de servicio.

En el palco, alguien creyó que la electricidad de todo el edificio era inestable.

Un espectador encendió el teléfono por precaución. La luz molestó a la persona de al lado. Comenzó una discusión en susurros. Mientras tanto, el héroe avanzaba a rastras por un túnel volcánico y pedía a todos que mantuvieran la calma.

Jess notó la inquietud junto a las puertas. Cada vez salía más gente, supuestamente para comprar bebidas. En realidad querían ver la situación.

La cola ante el mostrador creció.

Jess colocó a la vista nachos, chocolate y gominolas. Nadie cogió nada. La ausencia de palomitas había transformado todos los demás aperitivos en simples

piezas de recambio.

Mina fue la última en salir. Sostenía su cubo pequeño, en el que aún quedaban unos doce trozos.

La gente de la cola lo miró.

Mina se apretó el cubo contra el pecho. «Es mi plan de jubilación».

Jess se interpuso entre ella y la cola.

La línea de suministro se había roto. Ahora había que proteger el orden público.

V. El plan de emergencia

Todo cine tiene un plan de emergencia. Incluye incendios, cortes de luz, fallos técnicos y personas que hablan a gritos por teléfono durante una película. El agotamiento total de las palomitas no aparecía en él.

Jess sacó la carpeta del despacho.

Bajo Interrupción del suministro ponía: Asegurar las zonas afectadas. Informar a los visitantes. Si es necesario, evacuar de forma ordenada.

Probablemente se refería a tuberías de agua. Pero la frase existía y hacía tiempo que la situación había dejado de respetar diferencias.

Jess fue a la cabina de proyección y habló con el proyeccionista. Se llamaba Oskar y en treinta años solo había interrumpido dos sesiones: una vez por humo y otra porque un alcalde creyó haber reconocido su propio discurso en la película.

«Necesitamos una pausa», dijo Jess.

«¿Problema técnico?»

«Culinario».

Oskar la miró.

«No quedan palomitas».

Miró la sala por la pequeña ventana. «¿Cuánto alboroto hay?»

En la fila cinco, alguien cambiaba medio cubo por dos chocolatinas.

«Primera fase», dijo Jess.

Oskar detuvo la película en el momento en que el héroe se encontraba ante una puerta de piedra cerrada. Las luces de la sala se encendieron despacio.

Ciento cuarenta y ocho rostros se volvieron hacia la pantalla.

Después hacia Jess.

VI. El anuncio

Jess se colocó delante del telón. Llevaba un micrófono y su expresión más amable.

«Queridos espectadores. Interrumpimos la sesión para una breve pausa de abastecimiento».

Un murmullo recorrió la sala.

«La película está a salvo. El edificio está a salvo. Solo nuestras existencias de palomitas se han agotado de forma tan inesperada como absoluta».

El murmullo aumentó.

Alguien gritó: «¿Cuánto tiempo?»

«Ya estamos buscando el envío».

«¿Está dentro del edificio?»

Jess pensó en el rastro de granos. «Es posible».

Aquel añadido sincero fue un error.

Ahora parecía que en algún lugar del cine había un saco de palomitas perdido que solo necesitaba ser encontrado. La gente miró bajo los asientos. Un niño de la fila tres informó de un rastro de migas. Dos miembros de la asociación de barandillas se ofrecieron a inspeccionar las escaleras.

Jess levantó ambas manos. «Por favor, permanezcan sentados de momento».

En ese instante se abrió una puerta al fondo. Una espectadora entró y gritó: «¡La salida está libre!»

Se refería a que la cola del vestíbulo se había disuelto.

La sala entendió otra cosa.

Las primeras personas se levantaron.

Oskar encendió todas las luces.

Jess vio a ciento cuarenta y ocho personas que habían decidido al mismo tiempo actuar con sensatez.

Nada es más difícil de detener que una multitud convencida de estar siendo razonable.

VII. La evacuación

Jess tomó una decisión.

Si todo el mundo se levantaba de todos modos, saldrían de verdad de la sala: con calma, fila por fila y sin trepar por encima de los respaldos. Una pausa mal entendida era mejor que un pánico bien entendido.

«Vaciaremos la sala durante diez minutos», dijo por el micrófono. «Sigan las rutas iluminadas».



La música de la película siguió sonando en voz baja. En la pantalla, el héroe esperaba ante su puerta de piedra mientras el público empezaba su propia aventura.

Jess se colocó en el pasillo central. Con su pequeña linterna mostró el camino. Fila tras fila, los espectadores salieron. Algunos llevaban bebidas, otros abrigos y otros restos de palomitas rescatados con mucho cuidado.

Roxy se había comido los dos cubos grandes y se ofreció a ayudar a contar. Lena estaba en la puerta lateral haciendo una lista. Tessa sostenía abiertas las dos hojas de la puerta como si asegurara un paso de

montaña.

Mina siguió sentada.

Jess fue hasta ella. «¿Todo bien?»

Mina levantó su cubo. «Todavía me quedan siete».

«Tienes que salir de todos modos».

Mina se levantó como si abandonara un barco que se hundía y se llevó hasta el último trozo de palomitas.

Después de cuatro minutos, la sala estaba vacía.

Un rastro pálido de palomitas derramadas recorría la alfombra hasta la salida.

Jess contó las filas de delante hacia atrás. En la cuatro había una bufanda. En la nueve, una bebida medio llena. Bajo el asiento sesenta y dos encontró un único zapato cuyo dueño había evacuado con tanto orden que, al parecer, solo notaría su ausencia una vez fuera.

Se llevó el zapato. Después revisó los pasillos laterales, el palco y la pequeña habitación tras el telón. Oskar informó desde la cabina de que el proyector estaba seguro. La pantalla seguía mostrando al héroe inmóvil, congelado en una postura que parecía más impaciente con cada

minuto.

Jess iluminó brevemente cada asiento. No porque esperase encontrar a alguien, sino porque una fila vacía solo estaba vacía de verdad cuando alguien la había mirado.

Jess recorrió sola las filas y comprobó todos los rincones.

En la película habría empezado entonces una música dramática.

En el cine solo se oía una aspiradora en el vestíbulo.

VIII. Ante el Cine Goldhain

Ciento cuarenta y ocho espectadores estaban en la plaza frente al edificio. A ellos se sumaban diecisiete miembros de la asociación de barandillas, tres transeúntes curiosos y una reportera que se encontraba cerca por casualidad.

La escena parecía más importante de lo que era.

Alguien preguntó si había fuego. Otra persona respondió que las palomitas habían fallado. La reportera solo oyó la palabra catástrofe y empezó a grabar.

Jess subió al escalón de la entrada.

«No hay ningún peligro».

«¿Por qué nos han evacuado?», gritó un hombre.

«Para que la pausa de abastecimiento se mantenga ordenada».

El hombre lo pensó y asintió. En Absurdistan, aquello era una explicación lo bastante oficial.

Lena informó de que todos los espectadores estaban fuera. Roxy informó de que no se había abandonado ningún cubo. Mina no informó de nada. Estaba protegida detrás de una columna y se comía su sexta pieza.

Nika llamó. Había revisado la ruta del reparto. El conductor había entrado por la puerta trasera aquella tarde. Una cámara de seguridad mostraba

cómo colocaba el saco sobre un carrito.

Después, una persona con traje histórico había empujado el carrito hacia el escenario.

Jess miró el edificio.

Aquella tarde se había celebrado en la sala pequeña un ensayo para la fiesta de la ciudad.

El saco desaparecido no había sido robado.

Se había convertido en atrezo.

IX. La expedición al escenario

Jess, Tessa y dos miembros de la asociación de barandillas regresaron al edificio. Lena se quedó fuera para vigilar la lista de espectadores. Roxy vigilaba las últimas reservas de Mina, aunque Mina no había solicitado esa ayuda.

El camino al escenario atravesaba un pasillo lateral oscuro. Contra las paredes se apoyaban paneles de decorado, árboles artificiales y un paso de montaña pintado. Jess iluminó el camino con la linterna.

Detrás del telón había varios carritos. En uno descansaban disfraces. En el segundo, un dragón de cartón. El tercero llevaba tres sacos etiquetados como sacos de arena para una escena portuaria.

Las etiquetas falsas eran obra del ayudante de dirección de la fiesta municipal. Apareció detrás de un decorado, todavía vestido con el abrigo de un capitán de puerto, y explicó que necesitaban sacos pesados para impedir que el muelle artificial se moviese durante el ensayo. El repartidor solo había dicho: «Estos son para el cine». En el teatro nadie había entendido que aquello describía el contenido.

«El saco era para las palomitas», dijo Jess.

El capitán de puerto miró los sacos. «Eso explica por qué el muelle pesaba tan poco».

Se disculpó y se ofreció a ayudar a devolverlo. Tessa le entregó la etiqueta de prueba. La expedición ya contaba con un testigo y un hombre con una gorra

adornada con galones dorados.

Jess abrió el primer saco. Retales de tela.

El segundo contenía arena de verdad.

El tercero produjo un susurro seco.

Desató el cordel. Unos granos de maíz dorados brillaron bajo la luz.

La expedición había llegado a su valle perdido.

Tessa se cargó el saco al hombro. Mientras tanto, los miembros de la asociación inspeccionaron la barandilla del escenario y la declararon «históricamente poco convincente, pero estable».

Jess llamó a Lena. «Encontrado».

Fuera, un grito de alegría cruzó la plaza, las paredes y los pasillos hasta llegar al escenario.

Jess miró el saco.

«Ahora solo tenemos que servir a ciento sesenta y cinco personas».

Tessa sonrió. «Pues muévete».

X. La gran erupción

◇

La máquina de palomitas se calentó. Aceite, maíz y sal entraron en el recipiente. Jess cerró la tapa.

Reventó el primer grano.

Después el segundo.

Entonces se desató una tormenta entera.

Las palomitas blancas llenaron la cámara, rebotaron contra el cristal y se desbordaron en la bandeja. Jess servía, Roxy llenaba cubos, Ruby había llegado desde la panadería con bolsas y el señor Kamm, de la oficina de orden público, repartía números aunque nadie lo había llamado.

Los espectadores entraron por grupos. Primero las filas de la uno a la cinco, después de la seis a la diez. Los miembros de la asociación de barandillas recibieron sus raciones al final porque insistieron expresamente en que la paciencia histórica debía ser reconocida.

Jess introdujo un sistema sencillo: cada espectador enseñaba su entrada, recibía un cubo y entraba directamente en la sala. El sistema funcionó treinta y ocho segundos. Entonces descubrieron que varias entradas se habían quedado a oscuras bajo los asientos.

Lena sustituyó las entradas por su lista. Roxy reconocía a casi todos porque recordaba sus pedidos originales de palomitas. El señor Kamm selló dos servilletas por costumbre antes de que Jess le quitara

el sello.

El hombre del zapato solitario se presentó. Jess se lo devolvió. Él le dio las gracias, se lo puso y recibió su cubo con la dignidad de un viajero que ha perdido y recuperado el equipaje durante una larga travesía.

Mina dejó su última palomita en el cubo vacío de Jess. «Para la reserva».

Jess la miró. «¿La regalas?»

«La crisis ha terminado».

Probablemente fue el acto más solemne de la noche.

Después de doce minutos había ciento sesenta y cinco cubos llenos sobre el mostrador. El suelo crujía. El vestíbulo olía a mantequilla y a triunfo.

Jess sacó el único grano sin reventar de su cubo de pruebas y lo añadió al maíz fresco.

Hasta los últimos testigos merecían una segunda oportunidad.

XI. El regreso

◇

La sala volvió a abrirse.

Jess se colocó en la entrada y contó a cada persona. Regresaron ciento cuarenta y ocho espectadores. A ellos se sumaron los diecisiete miembros retrasados de la asociación, para quienes aún quedaban libres los asientos de las primeras filas.

Todos llevaban palomitas.

El ambiente no era de enfado. Era solemne. Quienes han evacuado juntos una sala de cine y recuperado un saco de maíz se consideran después compañeros de viaje.

Oskar esperaba en la cabina. «¿Dónde estábamos?»

Jess miró la pantalla. El héroe seguía ante la puerta de piedra.

«Antes de la mala decisión».

Las luces se apagaron. Las conversaciones cesaron. Jess se sentó al fondo para poder vigilar la sala.

Oskar reanudó la película.

El héroe abrió la puerta.

Detrás entró en erupción el volcán.

Ciento sesenta y cinco personas metieron la mano en sus cubos al mismo tiempo.

El crujido sonó como lluvia sobre una tienda de campaña.

Jess sonrió.

La sesión estaba salvada. Por fin, la película de catástrofes podía continuar en la pantalla, que era donde correspondía.

XII. Después de los créditos

Cuando aparecieron los créditos, el público siguió sentado.

Entonces alguien empezó a aplaudir. Primero por la película, después por Oskar y por último por Jess. Los miembros de la asociación de barandillas se levantaron y declararon ejemplar la evacuación, sobre todo los pasamanos de la escalera oeste.

La reportera pidió una entrevista a Jess.

«¿Cómo ha mantenido la calma durante la crisis?»

Jess miró el suelo cubierto de palomitas y los cubos vacíos entre los asientos. «No he tenido tiempo para ponerme nerviosa».

«¿Era necesaria la evacuación?»

Jess lo pensó. «Fue ordenada».

Al día siguiente, el periódico local habló de una operación ejemplar de abastecimiento en el cine. El saco perdido no apareció en el artículo. En la foto, Jess estaba en el pasillo central con una linterna y parecía haber supervisado personalmente una erupción volcánica.

Los espectadores siguieron contando la historia. En una versión, la máquina había echado chispas. En otra, las palomitas se habían hundido bajo el escenario. La asociación de barandillas publicó un informe detallado que dedicaba dos páginas a la crisis y nueve a los pasamanos.

Jess no corrigió a nadie. Quien había estado allí sabía que la verdad era a la vez más pequeña y más grande: un saco perdido, una plaza llena ante el cine y una sala que había regresado unida.

En el vestíbulo colgó la etiqueta de entrega junto al plan de emergencia. Debajo escribió: Las entregas de palomitas no son atrezo.

Dejó la única chocolatina en el armario de reserva.

Algunas raciones de emergencia se vuelven más fuertes cuando nunca se necesitan.

Final - Una ración pequeña

A altas horas de la noche, el cine volvía a estar vacío.

Jess barrió el pasillo central, cerró las puertas y comprobó el nuevo saco de maíz. Estaba en el almacén, claramente etiquetado y sujeto a la estantería con una cinta.

Después se sentó en la última fila.

Oskar volvió a proyectar para ella la escena más hermosa de la película: la vista sobre el valle perdido antes de que nadie abriese una puerta. Jess sostenía una pequeña ración de palomitas recién hechas entre ambas manos.

El cine estaba en silencio. El proyector zumbaba. El polvo bailaba en el haz de luz.

Jess cogió una palomita.

Sabía a mantequilla, sal y una pausa muy larga.

En su teléfono apareció un mensaje de Nika: La entrega de mañana está confirmada. Cuatro sacos.



Jess sonrió aliviada.

Entonces llegó un segundo mensaje.

Corrección: cuatro cajas de pajitas de papel.

Jess miró hacia el almacén.

En la pantalla, el volcán empezó a humear de nuevo.

Guardó el teléfono, cogió otra palomita y siguió sentada.

Mañana sería otra película.